

1. MARCO DOCTRINAL: NOS IDENTIFICAMOS COMO DISCÍPULOS MISIONEROS.

Núcleos básicos Bíblico- Teológicos:

1) NÚCLEO CRISTOLÓGICO

EL CRISTO PASTOR QUE PROFESAMOS, SEGUIMOS Y COMUNICAMOS

1. Creemos que Jesucristo es el Pastor de la vida (Jn 10).

Jesús el “Buen Pastor”, vino al mundo a hacernos partícipes de la naturaleza Divina. (2 Pe 1, 4). Su ministerio pastoral consistió en enseñarnos que la vida se engendra dándola y se debilita y muere negándola (Cf. Jn 12,25). El contenido fundamental del proyecto de Jesús pues, es la oferta de vida plena para todos (Cf. DA 361), que se resume en cuatro grandes pilares: la proclamación del Reino de vida, la ternura del Padre del Reino, el Don del Espíritu Santo Señor y dador de vida, y en el cariño preferencial por los pobres. Así Jesús el Buen Pastor, es la fuente, el contenido, la inspiración y el horizonte de todo Pastor y de todo servicio pastoral.

2. Creemos en Jesucristo que se encarna en nuestra historia

“Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (Jn 1,14). El misterio de la Encarnación llena a todos de esperanza e incluye todas las realidades humanas llamándolas a la salvación. Jesucristo como el Ungido, siervo sufriente (Is 42,1-9; 49, 1-7; 50, 4-11; 52, 13-53, 12), es capaz de comprender todos nuestros sufrimientos y caminar con nosotros en el camino de la vida (cf. Hb 4, 15-16). Él, al asumir la condición de siervo y por su misterio pascual, restaura en sí todo, llevándolo a la plenitud (cf. Fil 2, 5-11; Col 1, 15-20). Él sigue presente en nuestra vida y en nuestra historia hasta la consumación de su obra salvífica, cuando vuelva (cf. Mt 28, 20). Con este misterio de la Encarnación no hay nada de lo humano que sea extraño a Dios. Él asume nuestra historia y nuestra realidad, de modo que podemos decir con el Concilio Vaticano II que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” GS 22.

3. Creemos que el encuentro con Jesucristo es el principio de un nuevo sujeto.

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello una orientación decisiva” (DCE 12).

“Esa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, y el modo como los trataba” (DA 244). Así comienza una historia nueva marcada por la fascinación y el seguimiento de Jesucristo (Cf. DA 243).

4. Creemos que Jesucristo es el rostro misericordioso de Dios.

Jesús, es el “Señor de la Misericordia”, es el rostro misericordioso de Dios. La gente que vivió en tiempos de Jesús pensaba que Dios trata a las personas de acuerdo a su conducta: a los buenos con benevolencia y a los malos con el rigor de su justicia. Pero Jesús los desconcierta, pues convive con los malos (publicanos y pecadores), y parece tratarlos mejor que a los que en ese entonces se consideraban buenos (escribas y fariseos). Entonces Jesús aprovecha para presentar el rostro de Dios por medio de las parábolas de la misericordia: La oveja perdida, la moneda perdida y los hijos perdidos (Lc 15, 1-32). La finalidad última de estas parábolas es llevar a todos a comprender que los cristianos, como el Padre y como Jesús, hemos de ser misericordiosos. “pues habrá un juicio sin misericordia para quien no tenga misericordia con sus hermanos” (Cf. Mt 25).

5. Creemos que en el Obispo se hace presente Cristo Pastor.

Cristo Pastor continúa la comunión y la salvación de la humanidad por medio de los Obispos, de los Párrocos y Sacerdotes obedientes a las exigencias del Reino dentro del Plan Diocesano de Pastoral. Así la pastoral se manifiesta como la praxis diaconal, de servicio, de compromiso, de testimonio y de entrega a la comunidad cristiana a la manera de Jesús, principio, centro, modelo y término de toda pastoral.

2) NÚCLEO ECLESIOLOGICO

I. LA IGLESIA DE DISCÍPULOS MISIONEROS EN SALIDA, QUE QUEREMOS FORTALECER

1. Iglesia formadora de Discípulos misioneros al encuentro con Jesucristo y guiados por el Espíritu santo, así mismo que conozca y se inserte en su realidad (DA 174).

Los mejores esfuerzos de una Diócesis deben estar en la convocatoria y en la formación de laicos misioneros. Solamente a través de la multiplicación de ellos podremos llegar a responder a las exigencias misioneras del momento actual. También es importante recordar que el campo específico de la actividad evangelizadora laical es el complejo mundo del trabajo, la cultura, las ciencias y las artes, la política, los medios de comunicación y la economía, así como los ámbitos de la familia, la educación, la vida profesional, sobre todo en los contextos donde la Iglesia se hace presente solamente por ellos.

2. Iglesia de discípulos misioneros que primerean, involucran acompañan fructifican y festejan (EG 24)

La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. «Primerear»: La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos [...] Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn 13,17) [...] Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar» [...] La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda [...] Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo.

3. Iglesia que sea familia de familias, comunidad de comunidades (AL 87)

La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas. Por lo tanto, «en virtud del sacramento del matrimonio cada familia se convierte, a todos los efectos, en un bien para la Iglesia. En esta perspectiva, ciertamente también será un don valioso, para el hoy de la Iglesia, considerar la reciprocidad entre familia e Iglesia: la Iglesia

es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia. Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente sino a toda la comunidad cristiana»

4. Iglesia que sale a anunciar el Evangelio de la familia hoy (AL 200-201)

La Iglesia quiere llegar a las familias con humilde comprensión, y su deseo «es acompañar a cada una y a todas las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que se encuentran en su camino». No basta incorporar una genérica preocupación por la familia en los grandes proyectos pastorales. Para que las familias puedan ser cada vez más sujetos activos de la pastoral familiar, se requiere «un esfuerzo evangelizador y catequístico dirigido a la familia», que la oriente en este sentido [...] «Esto exige a toda la Iglesia una conversión misionera: es necesario no quedarse en un anuncio meramente teórico y desvinculado de los problemas reales de las personas»

5. Iglesia que descubre a Dios que viven en la ciudad: pastoral urbana.

Ante la nueva cultura compleja y plural que se está gestando en las ciudades y repercute luego en el mismo mundo rural, queremos ser una Iglesia que asuma el gran desafío de la pastoral urbana, saliendo al encuentro de sus habitantes en sus distintas realidades y construir con ellos la Iglesia en las casas, donde Dios acampa con ellos (Cf. DA 509, 510, 515).

6. Una Iglesia pobre para los pobres

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga ‘su primera misericordia’. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”. Esta opción –enseñaba Benedicto XVI– ‘está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza’. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. EG 198.

7. Iglesia en permanente conversión pastoral: exigencia de la misión

Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta. (Cf. DA 366). La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. (Cf. DA 370). En efecto, la reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. (Cf. EG 27).

8. Iglesia que trabaje acompañada de la Santísima Virgen María (Cfr. EG. 286,287,288)

María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas [...] Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios [...] Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la

vida. Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: «No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?» [...] Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores [...] María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «sin demora» (Lc 1,39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización.

II. LA DIÓCESIS EN MISIÓN PERMANENTE QUE QUEREMOS SEGUIR EDIFICANDO

1. Una Diócesis donde el Obispo es el principio visible de la unidad Diocesana.

“Cada sector del Pueblo de Dios pide ser acompañado y formado de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio al que ha sido llamado: el Obispo que es el principio de la unidad en la Diócesis mediante el triple ministerio de enseñar, santificar y gobernar; los presbíteros, cooperando con el ministerio del obispo, en el cuidado del pueblo de Dios que les es confiado; los diáconos permanentes en el servicio vivificante, humilde y perseverante como ayuda valiosa para obispos y presbíteros; los consagrados y consagradas en el seguimiento radical del Maestro; los laicos y laicas que cumplen su responsabilidad evangelizadora colaborando en la formación de comunidades cristianas y en la construcción del Reino de Dios en el mundo. Se requiere, por tanto, capacitar a quienes puedan acompañar espiritual y pastoralmente a otros.” (DA 282)

2. Una Diócesis que trabaje con un proyecto orgánico.

“La Diócesis, presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa, de manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios y organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar vida en el propio territorio. Este proyecto, que surge de un camino de variada participación, hace posible la pastoral orgánica, capaz de dar respuesta a los nuevos desafíos. Porque un proyecto sólo es eficiente si cada comunidad cristiana, cada parroquia, cada comunidad educativa, cada comunidad de vida consagrada, cada asociación o movimiento y cada pequeña comunidad se insertan activamente en la pastoral orgánica de cada Diócesis. Cada uno está llamado a evangelizar de un modo armónico e integrado en el proyecto pastoral de la Diócesis” (DA 169).

3. Una Diócesis en estado permanente de comunión y misión.

La Diócesis, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una “comunidad misionera”, a impregnar todas sus estructuras con una firme decisión misionera (Cf. DA 365), y hacer de la Diócesis, presidida por el Obispo, el primer ámbito de la comunión y la misión (Cf. DA 163).

4. Una Diócesis con una clara identidad y cultura cristiana.

Deseamos que nuestra Diócesis Queretana manifieste como parte de su identidad: la espiritualidad de comunión, la vida Eucarística, la solidaridad con todos, la veneración a la Santísima Virgen en sus diversas advocaciones, las peregrinaciones, sobre todo la de peregrinos y peregrinas a México.

5. Una Diócesis que viva en estado permanente de conversión personal y pastoral.

La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta (Cf. DA 366).

III. LA PARROQUIA COMUNIDAD DE COMUNIDADES DE DISCÍPULOS MISIONEROS QUE QUEREMOS SER

1. La parroquia Comunidad de Comunidades

Nuestras parroquias han de reflejar de forma nítida la comunión de los hermanos y la comunión de las comunidades. En ellas la celebración y vivencia de los sacramentos especialmente la Eucaristía dominical ha de ser la expresión más alta de comunión. La Parroquia, pues, ha de **ser una verdadera comunidad de comunidades que celebran en fraternidad los misterios de Dios en los sacramentos.**

El Documento de Aparecida afirma que *las Parroquias son células vivas de la Iglesia y lugares privilegiados en los que la mayoría de los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y de su Iglesia.* Encierran una inagotable *riqueza comunitaria* porque en ellas se encuentra una inmensa variedad de situaciones, de edades, de tareas. Sobre todo hoy, cuando la crisis de la vida familiar afecta a tantos niños y jóvenes, *las Parroquias brindan un espacio comunitario para formarse en la fe y crecer comunitariamente.* **(DA 304)** Nos anima a ser conscientes de que una Parroquia que quiera responder a las circunstancias actuales debe reformular sus estructuras, para que sea en verdad una *red de comunidades y grupos* capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente *discípulos y misioneros de Jesucristo viviendo en comunión* **(cfr. DA 172)**

2. La parroquia, lugar de iniciación cristiana

“La parroquia ha de ser el lugar donde se asegure un auténtico proceso de iniciación cristiana” para todos nuestros fieles. Es importante que cada párroco, en comunión con todo el equipo parroquial: sacerdotes, religiosas y laicos asuman como tareas irrenunciables y de alta prioridad: **iniciar en la vida cristiana** a los adultos bautizados y no suficientemente evangelizados; **educar en la fe** a los niños bautizados en un proceso que los lleve a completar su iniciación cristiana; **iniciar a los no bautizados** que, habiendo escuchado el kerygma, quieren abrazar la fe. **(Cfr. DA 293)**

Queda claro pues que en la parroquia la iniciación cristiana no se reduce a la preparación y recepción de los sacramentos de bautismo, confirmación y Eucaristía. La iniciación cristiana, que ha de tener como punto de partida el kerygma, es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado a todos los fieles. Nos da, también, la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de la iniciación y profundizar en su rico sentido. La iniciación cristiana, propiamente hablando, se refiere a la primera iniciación en los misterios de la fe, sea en la forma de catecumenado bautismal para los no bautizados, sea en la forma de catecumenado post-bautismal para los bautizados no suficientemente catequizados. (Cfr. DA 288)

3. La Parroquia, espacio de Formación permanente

Una parroquia que no tenga una propuesta clara, orgánica, gradual y sistemática para la formación de los fieles como discípulos y misioneros de Jesucristo no podríamos decir que ha tomado en serio la misión esencial de la Iglesia que es evangelizar.

Si queremos que nuestras **Parroquias sean centros de irradiación misionera** en sus propios territorios, deben ser también **lugares de formación permanente**. Esto requiere que se organicen en ellas variadas instancias formativas que aseguren el acompañamiento y la maduración de todos los agentes pastorales y de los laicos insertos en el mundo. (DA 306)

4. La Parroquia, espacio de protagonismo laical

Las parroquias han de convertirse en verdaderos espacios de formación para el protagonismo de los Laicos en la sociedad. Ellos están incorporados a Cristo por el bautismo, forman el pueblo de Dios y participan de las funciones de Cristo: Sacerdote, Profeta y Rey. Son “hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo, y hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia” (Cfr. DA 209) Su misión propia y específica se realiza en el mundo, de tal modo que, con su testimonio y su actividad, contribuyan a la transformación de las realidades temporales y a la creación de estructuras justas según los criterios del Evangelio. (DA 210).

Es necesario que los mejores esfuerzos de las parroquias, se **centren en la convocatoria y en la formación de laicos misioneros. Pues sólo a través de ellos podremos llegar a responder a las exigencias misioneras del momento actual**. No olvidemos que el campo específico de su actividad evangelizadora son las realidades temporales del mundo como: la política, las realidades sociales, la economía, la cultura, las ciencias y las artes, los medios de comunicación y muchas otras realidades abiertas al mensaje del Evangelio como el amor, la familia, la educación de los niños y adolescentes, el trabajo profesional, etc. sobre todo en aquellos lugares y contextos donde la Iglesia se hace presente solamente a través de ustedes. (Cfr. DA 174)

5. La Parroquia al Servicio del Reino de Dios en el mundo

Son los hermanos y hermanas laicos de nuestras parroquias, los que, conscientes de su llamada a la santidad en virtud de su vocación bautismal, **tienen que actuar a manera de fermento en la masa para construir una ciudad temporal que esté de acuerdo con el proyecto de Dios...** (DA 505)

Los discípulos y misioneros de Cristo deben iluminar con la luz del Evangelio todos los ámbitos de la vida social. Cuando observamos con honestidad la realidad actual de nuestros pueblos y comunidades se pone de manifiesto que **hay una notable ausencia en el ámbito político, económico, de la comunicación y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos que con su personalidad y conscientes de su vocación de ser sal de la tierra y luz del mundo y siendo coherentes con sus convicciones éticas y religiosas influyan de manera significativa en las decisiones y derroteros de nuestra sociedad actual**. (DA 502) y hemos de reconocer que, si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y sociales y culturales. (Cfr. DA 501)

3) NÚCLEO ANTROPOLÓGICO

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU:

“MOTIVACIONES PARA UN RENOVADO IMPULSO MISIONERO”

Los presbíteros son los primeros promotores del discipulado y la misión, los primeros agentes de una auténtica renovación de la vida cristiana en el pueblo de Dios. No son posibles los grandes cambios, las conversiones y renovaciones si no hay un espíritu, una mística, una espiritualidad que movilice a las personas, a todo evangelizador. En la encíclica “Laudato si”, el Papa Francisco afirma que el objetivo principal de su exhortación “Evangelii Gaudium” era en orden a movilizar un proceso de reforma misionera (cf. LS 3).

1. El encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva (EG 264-267)

“La mejor motivación para decidirse comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor” (EG 264). La experiencia de Dios debe ser el fundamento último de todo evangelizador: es de la experiencia de Dios de donde surge la fuerza interior y la inspiración que sostiene y guía: el encuentro, la comunión y la amistad profunda con Jesucristo, y el asumir sus mismas actitudes y sentimientos, han de ser lo primero y más importante para todo evangelizador.

Del encuentro personal con Jesús, brota una espiritualidad, y sin espiritualidad no es posible evangelizar para la mayor gloria de Dios que nos ama (cf. EG 267). La espiritualidad es la manera específica de vivir el Evangelio, animados por el Espíritu de Jesús, en un determinado tiempo y lugar. La espiritualidad es una forma de vivir que abarca pensamientos, motivaciones, convicciones, sentimientos, actitudes, comportamientos, relaciones y actividades en todas las facetas, dimensiones y momentos de la vida cotidiana: reafirma nuestra “personalidad pastoral”. El evangelizador necesita una espiritualidad sólida que se manifieste en unas “actitudes interiores” que fundamenten, animen y orienten su trabajo pastoral. Sin espiritualidad, la acción pastoral carece de “alma”, de “espíritu”, de “interioridad”

2. El gusto espiritual de ser pueblo (EG 268-274)

La segunda motivación es el gusto espiritual de ser pueblo. “La misión es pasión por Jesús pero al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (EG 268). Proclamar el reino y sanar será la misión permanente que encomendará a sus discípulos (cf. Lc 10,1-9) buscando siempre nuevos signos que expresen la misericordia de Dios en el mundo.

En el texto de Mc 6, 34-44, se presentan cuatro elementos, que son los rasgos del buen pastor, que tiene pasión y gusto por estar con el pueblo, con las personas: ver desde el interior al ser humano, sentir con el otro, valorar a las personas y, ser solidario con las personas.

a. Ver desde el interior al ser humano

Los rasgos del buen pastor que Jesús nos da, parten del ver desde el interior al ser humano; ver el corazón, las circunstancias en que viven. Hoy nuestra pastoral y nuestras actitudes deben partir de ver, de conocer a las gentes, en su situación concreta, para que nos lleve a seguir al modelo de Jesús que es llevar a la gente a experimentar del amor de Dios.

b. Sentir con el otro

Ver desde el corazón es amar y sentir con el otro; es caminar juntos en la búsqueda de Dios, solo así llegamos a la misericordia del Padre manifestada en el Hijo que tiene compasión por la multitud, que puede leer en ellos las carencias de lo espiritual como material; es la lectura que hoy debemos realizar para llevar adelante la pastoral.

c. Valorar a las personas

La enseñanza del buen Pastor parte de la realidad del ser humano, para enseñar el verdadero amor de Dios: enseñar desde la misericordia la ley de la Nueva Alianza que es el amor. Por tanto, la enseñanza en la pastoral debe encarnar esta nueva concepción antropológica que

valora el ser del hombre y no el hacer; nuestra enseñanza debe ser para llevar a las personas a una experiencia de Dios, saliendo de los esquemas dogmáticos y comprender la revelación como algo dinámico del Espíritu Santo.

d. Ser solidario con la persona en sus necesidades vitales

La solidaridad es condición indispensable de Jesús. Si vemos dentro del contexto de este pasaje de San Marcos, mira desde el corazón para referirnos a la compasión que lo lleva a solucionar las necesidades de la multitud con su enseñanza y la multiplicación de los panes y peces. Esta aquí la misión solidaria de hoy con el hombre contemporáneo que necesita sentido para vivir al solucionar su condición de dolor, marginación y exclusión.

3. La acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu (EG 275-280)

a. La acción misteriosa del Resucitado

“Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda” (EG 27). La resurrección de Cristo provoca en el evangelizador la capacidad de descubrir que en medio de la oscuridad comienza a brotar algo nuevo; que su resurrección provoca nuevos gérmenes de un mundo nuevo; que Dios puede actuar en cualquier circunstancia.

Cristo resucitado hace partícipe al evangelizador de su misión y se convierte en testigo del misterio pascual de su muerte y resurrección (cf. DA 143); recuerde que al recibir el llamado de Jesús para seguirlo y configurarse con Él, asuma el don y tarea de anunciar el Evangelio del reino competentemente a todo el mundo (cf. DA 144; 146); asuma como misión principal compartir su experiencia de encuentro con Cristo y por el testimonio y anuncio llevar a hombres de buena voluntad a experimentarlo (cf. DA 145); debe tener como prioridad pastoral permanente la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana, haciendo visible la misericordia de Dios que incluye a todo hombre (cf. DA 147).

b. La acción misteriosa del Espíritu Santo

El evangelizador debe convertirse por la acción del Espíritu Santo en un misionero decidido y valiente como Pedro y Pablo, capaz de discernir los lugares prioritarios para evangelizar; asumir que con la fuerza del Espíritu Santo puede llevar a cabo la misión que Jesucristo le confirió por el sacramento del bautismo “En virtud del Bautismo y la Confirmación, somos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo y entramos a la comunión trinitaria en la Iglesia, la cual tiene su cumbre en la Eucaristía, que es principio y proyecto de misión del cristiano” (DA 153; cf. SC 17); iniciar o continuar su formación permanente bajo la acción y guía del Espíritu Santo, Maestro interior, para lograr auto-apropiarse integralmente la identidad y causa de Jesús de Nazaret (cf. Hch 1,2; Ga 5,25; DA 152); recordar que a través de la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, el Espíritu Santo lo ilumina, lo fortalece y lo renueva.

4. La fuerza misionera de la intercesión (EG 281-283)

La intercesión es una forma de oración que estimula y lanza a la entrega generosa, paciente y audaz en la labor evangelizadora, y nos ayuda a discernir y buscar siempre el bien de los demás (cf. EG 281).

Esta actitud brota de un corazón abierto a las necesidades de los demás y genera en el evangelizador una actitud constante de agradecimiento a Dios por todas las personas que han escuchado y recibido la alegría de su Evangelio. “Los grandes hombres y mujeres de Dios fueron grandes intercesores” (EG 283).